

## LA FE ¿TIENE CABIDA EN NUESTRA CULTURA?

Adolfo Chércoles sj

### Lo que motivó esta búsqueda

El tema que vamos a abordar lleva tiempo interpeándome. Puntos de arranque: uno remoto y cómico, el otro más reciente, el que me lanzó a la búsqueda.

El primero, el cómico, ocurrió con ocasión de unas Jornadas **Fe-Justicia** que los jesuitas de España organizamos el año 91 en Gijón a raíz de la Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús, punto de partida para muchos replanteamientos de todo tipo: apostólico, de vida...

Pues bien, en dichas Jornadas se nos repartían infinidad de folios, la mayoría elaborados por los que organizaban el acontecimiento. Como es natural, dichos folios venían encabezados por un membrete a imprenta en el que no podía haber error. A muchos de los asistentes se nos encargó que informásemos del campo en que nuestra tarea apostólica se desarrollaba. Jesús Gutiérrez y yo aportamos nuestro informe sobre el mundo gitano, pero no se nos ocurrió encabezarlo con el lema de las Jornadas. Sin embargo, otros compañeros (que no me acuerdo de qué área) se sintieron en la obligación de escribirlo. Y ahí surgió la errata: desapareció una 'i', y la cosa quedó así: **JORNADAS FE-JUSTIC(i)A**.

En aquel momento sólo me quedé con la anécdota que convertía un 'binomio' decisivo, en una realidad bastante precaria: una 'fe-justicia', es decir, una fe 'por los pelos'; 'menos, ya no es fe'... Lo que no pasaba de anécdota, se fue convirtiendo en un interrogante. Uno se encontraba con 'apuestas' creyentes, en las que 'cualquier parecido con la fe cristiana era pura coincidencia'. Lo que había sido una errata que nos hizo sonreír, lo iba viviendo como una realidad más amenazante que cómica: ¿qué vivencia de 'fe' cristiana había en muchas de estas 'ofertas'?

Recuerdo la de aquel libro cuya propuesta para '*rehacer la vida religiosa*' era volver a la 'espiritualidad de hace veinte mil años'. No te creas que se quedó en la Edad Media, se coló en el tiempo en el que no había ni historia, sólo arqueología. La propuesta se basaba, en efecto, en figuras femeninas voluminosas que había aparecido no sé dónde, a través de las cuales se traslucía una cultura en la que la mujer era la que estructuraba la sociedad, donde la '*mujer dando a luz*' era un referente, "*y no como en nuestro tiempo, el más bien necrófilo símbolo de un hombre muriendo en una cruz*". Esto aparecía en la página 83 de dicho libro (se dice el pecado, pero no el pecador). Lo malo es que este libro se 'trabajó' en algunas órdenes religiosas...

Todo esto me iba preocupando, pero lo que impulsó mi búsqueda fue la lectura del tercer volumen de la trilogía de **Javier Marías** *Tu rostro mañana*. Yo no había leído nada de este novelista. Sabía que era hijo de **Julián Marías**, al que sí había leído y con agradecimiento siempre. Pues bien, en una entrevista que le hicieron con ocasión de dicho tercer volumen -entrevista que por casualidad leí- le preguntaban por su padre (hombre creyente convencido). Él, agnóstico (también convencido, aunque él habla de 'descreimiento') contestaba con palabras de sincero elogio y agradecimiento a su figura, y denunciaba abiertamente que no se le había hecho justicia ni como persona ni como intelectual, precisamente por su convicción creyente. Aquel reconocimiento me llevó a leer su novela.

Pues bien, en varias ocasiones, el protagonista (Jacobo), que es él mismo, alude a "*cuando la fe era firme*". El hecho de que la frase no surgiese sólo en una ocasión y, sobre todo, que la dijese una persona 'descreída' pero que había convivido con un gran creyente, me interpeó seriamente: ¿qué es

lo que 'desde fuera' ven en nosotros -que seguimos confesando ser creyentes-? Por lo visto una fe que **no es firme**. Y si una fe no es firme ¿qué le queda de fe? ¡Es 'justica'!

Este es, pues, el origen de mi búsqueda que se convirtió en ponerme manos a la obra cuando un amigo mío, Salesiano -Fernando Báñez-, me propuso tener cinco charlas sobre la fe a lo largo del año 2013 en Sevilla. Mi inquietud se juntó con la propuesta y acepté.

Por otro lado algo tuve claro: no abordar el problema desde el *homo religiosus* -aunque de hecho, en algún momento, autores a los que nos remitamos enfoquen el problema desde esa perspectiva-, sino una **fe cristiana revelada** -la que disfruto-, y me hiere verla desfigurada: ¡'justica'!

Por eso, desde el comienzo conviene contar con la especificidad de nuestra fe para no caer en la trampa que el papa **Francisco** denuncia en el número 89 de su **Exhortación Evangelii gaudium**: *“El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro...”* Este sería el objetivo de estas charlas. El subrayar la peculiaridad de nuestra fe poniéndola a salvo de posibles sucedáneos ‘ambiguos’ que el papa considera más peligrosos que en el mismo ateísmo. ¡A lo mejor el ateo es más ‘creyente’ que el ‘espiritual’ que cae en un ‘individualismo enfermizo’!

Pero cuando te comprometes, lo que era mera búsqueda a fondo perdido, tiene que concretarse. De ahí surgieron los cinco temas siguientes:

### **I. La fe desde fuera (ateísmo, agnosticismo, increencia)**

### **II. Diálogo interreligioso y fe: ¿una fe de bricolaje?**

### **III. La fe en el Nuevo Testamento**

### **IV. Fe y mística**

### **V. Los Ejercicio Espirituales de San Ignacio, ¿una pedagogía de la vivencia de la fe?**

En efecto, la afirmación de **Javier Marías**: *“cuando la fe era firme”* es la que puso en marcha mi búsqueda. ¿Qué percibía este hombre en la fe que manifestábamos los 'creyentes' de hoy, para que él, que había convivido con un gran creyente, hiciese dicha afirmación? A esto se fueron añadiendo críticas a la fe tanto por parte de **Freud** (al que de hecho había trabajado) con interrogantes que él mismo se hacía, como la lectura de la tesis doctoral de mi compañero **Juan Antonio Estrada** sobre **Horkheimer**, a través de la cual me puso en contacto con un pensador que, en tiempos tan condicionados, seguía pensando, y la lectura del libro de **José Antonio Marina**, *¿Por qué soy cristiano?*, me dieron materia más que de sobra para interpelarme como creyente. Y esto fue posible porque en los tres había un denominador común: su honestidad. Críticas oye uno desde cualquier vertiente, pero sólo interpelan las que provienen de personas que piensan, no que repiten tópicos a los que hay que sumarse.

El segundo tema también he aludido a su origen lejano: la fe-justica que se coló en aquella errata,

¿había sido sin más una errata, o se estaba convirtiendo en realidad? Las observaciones de sociólogos como **Lipovetsky** sobre una fe, que se había convertido en un producto más de consumo, de la misma manera que propuestas de 'espiritualidad' que no pasaban de una oferta más de autoayuda, me impulsó a acudir a otros grandes creyentes, no sólo cristianos, para descubrir que diálogo no es difuminación sino valoración y respeto mutuos. Para ello me ayudé de **Klaus Berger** (*Jesús*), **Gandhi** (*Mi religión*) y **Aloisius Pieris** (*Liberación, inculturación, diálogo religioso. Un nuevo paradigma para Asia*) Los tres abordan de alguna manera este problema y sus aportaciones me dieron luz.

El abordar estas dos vertientes ('desde fuera' y cómo abrirme sin complejo a otras propuestas creyentes) me impulsaba a cómo percibía yo, en cuanto creyente (no en cuanto teólogo o exegeta, que ni lo soy ni lo voy a ser) la fe que aparece en el **Nuevo Testamento**. Como es natural, esta aproximación es estrictamente personal y en absoluto pretende ser exhaustiva. Tan sólo intento aludir a todo aquello que desde el **NT** me ha iluminado, interpelado, ayudado o fortalecido mi vivencia de fe. En realidad, lo que pretendo es impulsar una búsqueda que siempre tendrá que ser personal. La búsqueda que no es propia, no sirve. Pues bien, lo que yo pueda compartir es inútil si al que lo oye no le interpela personalmente. Y habría que decir lo mismo de los dos temas anteriores: ¿por qué las confrontaciones han de limitarse a las que yo he hecho?...

El cuarto tema tiene dos motivos en mí: el primero fue hace años, una amiga mía me remitió la carta de **Carmen Laforet** a Elena Fortún sobre su conversión, y la tesis doctoral de **Léon Bonaventure**, *Psicología e vida mística*, sobre Santa Teresa. Ambos textos me hicieron palpable la experiencia mística. ¡Es algo que se da! Si, por otro lado, la frase tan traída y llevada de **K. Rhaner** de que el cristiano del siglo XXI o es místico o no es nada, me abrieron a este tema, que podía enriquecer con san Ignacio de Loyola.

Por último, el quinto tema era obligado. Tantos años dando el método de los **EE**, me sentía obligado a mostrar, cómo algo que concibe un místico -**san Ignacio** lo era-, no podía quedar al margen de la experiencia mística. En efecto, toda la pedagogía del método apunta a que la persona que hace el proceso abra su fe a dicha vivencia.

Hasta aquí lo que originó aquella propuesta para las charlas de Sevilla. Ahora -2017-, al plantearme tenerlas en Granada se añadieron circunstancias importantes. La lectura de **Kierkegaard**, de un pequeño ensayo de **Ortega y Gasset** y de tres libros sobre **zen** que me enviaron con el deseo de que diese mi opinión -en los que se citaba de vez en cuando a **san Juan de la Cruz** en contextos que no acababan de cuadrarme-, suscitó en mí el deseo de volver a leerlo -lo había hecho por los años 80-. Estos hechos han originado el ampliar la propuesta sevillana con dos temas más y elaborar esta especie de **Introducción**.

En efecto, la lectura del ensayo de **Ortega y Gasset** -*Ideas y creencias*-, al mismo tiempo que algunas obras de **Kierkegaard**, me han enriquecido el término fe, el primero antropológicamente y el segundo desde la perspectiva creyente cristiana. Esto me ha llevado a convertir lo que era una breve presentación, en un tema más: **La fe, ¿tiene cabida en nuestra cultura?** Por otro lado, la nueva lectura de **san Juan de la Cruz** me ha llevado a elaborar el otro nuevo tema que: *Vivencia sponsal de la fe en el creyente cristiano*. Si desde la problemática **Fe-mística**, **san Ignacio** nos proporcionaba lo que denominamos '*pedagogía de la fe*', **san Juan de la Cruz** nos va a describir su '*vivencia*' de fe cristiana -que es '*encuentro personal*'- desde un contexto sponsal.<sup>1</sup> **Pero el aviso del**

<sup>1</sup> En este tema enriqueceré esta posible antropología de la fe con aportaciones de **Freud** acerca de la sexualidad humana.

papa Francisco de desenmascarar ‘*propuestas alienantes*’, me animó a elaborar un último tema a partir de su **Exhortación: Una fe encarnada desde los últimos** (*Evangelii gaudium*).

Pero antes de seguir con esta presentación quiero insistir en algo clave desde el planteamiento de estas charlas. En todo lo que comparta pretendo suscitar búsquedas personales, no satisfacer curiosidades más o menos interesantes. Igual que su elaboración ha supuesto más búsqueda que erudición, su escucha pretende lo mismo. De no ser así, tanto mi exposición como vuestra escucha serán tiempo perdido. En esta materia el exhibicionismo no tiene sentido, sí la provocación. Y pasemos a los dos interrogantes que me han obligado a ampliar el tema:

### **Dimensión antropológica de la fe: ¿Todo ser humano es creyente?**

En efecto, el librito de **Ortega y Gasset, *Ideas y creencias***,<sup>2</sup> me abrió una vertiente desconocida de la fe que siempre había ligado a la experiencia estrictamente religiosa: la antropológica en cuanto **creencia**. En efecto, ¿la ‘creencia’ es estrictamente ‘religiosa’, o se trata de una dimensión irrenunciable del ser humano?

En dicho libro aparecen varios trabajos, siendo el primero el que le da título. Pues bien será este primer ensayo, junto con el último, los que me dieron más luz y espero que nos ayuden en nuestra búsqueda.

Un proyecto de Ortega, al que él mismo denominaba un ‘*gran mamotreto*’ y que se titularía ***Aurora de la razón histórica***, libro que al parecer no llegó a ‘pulir’, hubiese tenido como primer capítulo el que da título a esta publicación: ***Ideas y creencias***. El último trabajo que recoge nuestro librito es ***El intelectual y el Otro***, publicado en *La Nación* de Buenos Aires en diciembre de 1940. Ambos trabajos que surgen por separado guardan conexiones sugerentes de cara a nuestro tema.

La aportación clave del primer trabajo podemos sintetizarla en palabras del propio Ortega como la ‘*contraposición entre pensar en una cosa y contar con ella*’. En efecto, “*cuando creemos de verdad en una cosa no tenemos la ‘idea’ de esa cosa, sino que simplemente ‘contamos con ella’*, porque “*las creencias constituyen la base de nuestra vida... ellas nos ponen delante lo que para nosotros es la realidad misma.*” (p 22) Y es que “*realidad es precisamente aquello con que contamos, queramos o no. Realidad es la contravoluntad, lo que nosotros no ponemos; antes bien, aquello con que topamos*”, mientras “*la idea necesita de la crítica... y se sostiene... en otras ideas... formando un todo o sistema.* Por eso, añade, *entre nosotros y nuestras ideas hay... una distancia infranqueable: la que va de lo real a lo imaginario. En cambio, con nuestras creencias estamos inseparablemente unidos.* (p 25)

Es decir, aquello en lo que creemos ha de tener la consistencia de la **realidad**<sup>3</sup> -aquello con lo que contamos-; las ideas, sin embargo, tenemos que argumentarlas y defenderlas, y además construimos ‘sistemas’ con ellas. En efecto, no es lo mismo ‘pensar’ en una cosa, que ‘contar con’ ella. Pues bien, este ‘**contar con**’ es lo que él llama ‘**creencia**’. Por eso la llama ‘*contravoluntad*’, porque no depende de nosotros, sino simplemente ‘*nos topamos*’ con ella y **no podemos negarla** -está ahí-, y para esto no necesito explicaciones -ideas- que yo puedo elaborar después ‘pensando’ en ella. Pues bien, esto que no puedo negar -aunque me moleste, me sorprenda, me asuste-, cuento con ello, ‘creo’ en ello, no porque lo entiendo, sino porque está ahí. Intentaré explicarlo, pero eso viene

<sup>2</sup> **Ortega y Gasset, *Ideas y creencias***, ediciones Revista de Occidente, colección *El Arquero*, 10ª Ed. Madrid 1970.

<sup>3</sup> Lo que es ‘*de suyo*’, nos dirá Zubiri, es decir, lo que tenemos delante ‘para hacernos cargo de ello’ -definición que él mismo da de la inteligencia-.

después.

Se da por supuesto, que aquello que no entiendo, que me desborda, no existe. Si esto fuese verdad la 'ciencia' ni habría existido. El acto de 'creer', según Ortega, consistiría en 'contar con lo que no puedo negar', porque lo tengo delante. Esto desliga el término '**creencia**' del ámbito estrictamente religioso, y ofrece, por lo pronto, una base antropológica a la creencia 'religiosa'. En este sentido habría que decir que toda persona empieza por ser 'creyente', aunque no sea religioso.

Pero sigamos con la aportación de Ortega: *“entre las creencias del hombre actual es una de las más importantes su creencia en la 'razón', en la inteligencia. ...el hombre continúa contando con la eficiencia de su intelecto como una de las realidades que hay, que integran su vida. Pero... una cosa es fe en la inteligencia y otra creer en las ideas determinadas que esa inteligencia fragua. En ninguna de esas ideas se cree con fe directa. ...si nuestra fe en la inteligencia consistiese en creer directamente en las ideas, el cambio de éstas traería consigo la pérdida de fe en la inteligencia. Ahora bien, pasa todo lo contrario. Nuestra fe en la razón ha aguantado imperturbable los cambios profundos de la teoría sobre qué es la razón misma”* (pp 26-27).

En efecto, la **razón** -¡en singular!- es un referente incuestionable en la experiencia humana que delimita la cordura: “Estar fuera de razón”, “Haber perdido la razón” son decisivos para poder 'contar' con una persona. Si 'razón' -inteligencia- es la 'capacidad de hacerse cargo de la realidad' (Zubiri), quedarse fuera de ella es no poder ser **ni** interlocutor, **haber perdido la capacidad de 'hacerse cargo' de nada**. Otra cosa son las 'razones' -¡en plural!- que dicha razón puede elaborar. En ellas no creemos: las argumentamos, las demostramos, las defendemos...

Es decir, si creemos en aquello '*con lo que contamos*' -de lo que no tenemos '*ni idea*'-, querer demostrarlo sería un contrasentido, pues daríamos más valor a la elaboración que a la realidad que tenemos delante -¡con la que contamos!-. Esto equivaldría **a tomar en serio obvio**. 'Obvio' es lo que se me 'cruza' en la vida, lo inesperado, pero que no puedo **negar ni** discutir, porque lo tengo delante y, por lo tanto, antes que explicación, lo que exige es respuesta.

Este dato debería resituar todo nuestro discurso sobre la fe. Cuando se dice que la existencia de Dios no puede demostrarse, para el creyente es una perogrullada: ¡Con Dios se cuenta! Pero es que, al margen del creyente, el ateo no contará con Dios, pero 'contará' con la ciencia<sup>4</sup>, por ejemplo, ciencia que él no ha elaborado y menos demostrado, sino que se remitirá a ella, es decir, 'creerá' en ella. **En este sentido, son más las cosas con las que 'tenemos que contar' -en la que tenemos que 'creer'- que las que podemos entender y explicar.**

Esta sugerente observación podemos enriquecerla con el último trabajo de su librito: *El Intelectual y el Otro*. En él defiende que *“Se es intelectual para sí mismo, a pesar de sí mismo, contra sí mismo, irremediamente”*. **Es decir, no podemos renunciar a una inteligencia que se nos ha dado para que la usemos -que nos preguntemos 'qué nos parece', al margen de lo 'correcto'-.** Por eso dice '*para sí mismo*'. Pero añade, '*a pesar de sí mismo*', es decir, la 'inteligencia' -la **razón**-, no es algo que puedo usar a mi antojo, sino algo que me objetiva, que está por encima mis caprichos, hasta tal punto que puede interpelarme -'*contra sí mismo*'- dejándome inquieto. Es como un tribunal que me acompaña, '*irremediamente*'. En esto radicaría nuestra 'autonomía', que no es precisamente la 'autosuficiencia', cargada siempre de prepotencia, sino lo que llamamos '**conciencia**'.

**Pero prosigue:** *“ser intelectual no es cosa que tenga que ver con el yo social del hombre...”* (183).

<sup>4</sup> Era el caso de Freud, ateo convencido, se remitía a la ciencia 'con la que contaba'.

Es lo que acabamos de decir. El ser Intelectual no depende de que me lo reconozcan, se dé por supuesto, tenga un 'título' que lo avale socialmente... sino de que lo sea realmente, me atreva a pensar, a usar mi inteligencia.

Y para explicar lo que quiere decir remite a la historia: “*Primero se le ocurrió a Julio César ser, con cierta originalidad, Julio César. Cuando lo asesinaron, la colectividad romana sintió la necesidad de que siguiera existiendo César. Pero el individuo César se había ausentado para siempre. De él quedó sólo el hueco... Y César fue, desde entonces, ese hueco solidificado -un cargo, una magistratura que duró cinco siglos-*.” (184) Es decir, César se convirtió en un mito -¡debería haber más Césares!-, pero a César lo habían asesinado. Entonces quedó su añoranza, que se transformó en un 'cargo', una 'magistratura', que no iba a convertir al que la ocupase en lo que históricamente había sido Julio César.

Por eso dice que el 'cargo' -la función- es mero 'hueco' sin contenido, que intentará dar el que accede a él. Si damos 'realidad' a lo que es mero 'hueco', estamos creando una especie de fantasma y podemos 'vivir del cuento'. Claro que a partir de Julio César se fueron sucediéndose 'césares', pero ninguno de ellos podía reproducir el único que fue real: Julio.

Pero lo que nos interesa es la trasposición que hace al **Intelectual**, -que todos estamos llamados a ser-, que si lo convertimos en una 'función', nos puede ocurrir lo que a los 'césares' que sucedieron al único real. Tenemos que ser capaces de ser nosotros mismos, de usar nuestra inteligencia -¡que todos tenemos!- y no convertir su ejercicio en tener una 'formación', unos 'títulos' reconocidos socialmente, porque todos podemos -¡y debemos!- preguntarnos: 'Qué nos parece'.

Esto supuesto, prosigue **Ortega**: “*...Aquí se habla del Intelectual que es intelectual con desesperada autenticidad, que lo es sin remedio... Como los Césares carecieron de cesarismo, está lleno el mundo de intelectuales sin intelectualidad o con dosis precaria de ella. Sin embargo, no se presume que el Intelectual sea, por fuerza, muy Inteligente. Intelectual es el nombre de una vocación.*” (186) En efecto, el intelectual no depende de que sea 'muy inteligente', sino que lo sea 'con desesperada autenticidad', 'sin remedio' -‘a pesar de sí mismo’, ‘contra sí mismo’, había dicho antes-. Es decir, es sencillamente, atrevernos a pensar. Sólo entonces podremos decir que tenemos **conciencia**. Por eso dice que es una 'vocación'.

Pero, ¿en qué consiste dicha 'vocación'? “*...la existencia del Intelectual es maravillosa. Vive permanentemente en la cima de un Tabor donde se producen incesantes transfiguraciones... Se pasa la vida... trabajando... Se comprende que otros tiempos sospechasen en él cierta condición divina... Pues todas las jornadas del Intelectual son un poco eso: presencia una vez y otra el nacimiento de las cosas y estrena la gracia de que sean lo que son. Va de sorpresa en sorpresa... Lleva la pupila dilatada de asombro...*” (188-189)

Podemos quedarnos con la última frase: 'Lleva la pupila dilatada de asombro'. En efecto, no es una inteligencia asombrosa, sino una inteligencia 'sorprendida', expectante, buscadora. Es decir, se es Intelectual desde la actitud que adoptamos para ejercitar nuestra inteligencia -más o menos aguda, pero inteligencia-. Más aún, las imágenes que usa tienen rasgos explícitamente religioso-cristianos ('Tabor', 'transfiguración') que sugieren asombro ante lo que nos desborda. Pero sigamos.

Frente al **Intelectual** está el **Otro**, que “*vive instalado en un mundo de cosas que son de una vez para siempre lo que parecen ser. Ni por casualidad las pone en cuestión... Entre esas cosas que al Otro le son hay algunas enigmáticas, misteriosas, desconocidas; pero estos caracteres no suscitan*



*en él ninguna especial reacción... Su relación con las cosas es de simple contar con ellas. ...su vida va a consistir en atenerse a lo que hay ahí, en moverse dentro de ese mundo... alojarse en él, manipular las cosas, usarlas, aprovecharlas en su ventaja lo mejor que pueda. Es un egoísta nato. ...vaca a ocuparse tranquilamente de su propio interés, sea su persona o su familia o su partido político o su patria. Siempre y sólo lo suyo” (191-192)*

Es decir, su postura no pasa del utilitarismo –‘manipular las cosas, usarlas, aprovecharlas... Es un egoísta nato... ocuparse... de su propio interés...-. Está describiendo una actitud -egoísta nato- que reducen esa maravillosa capacidad para ‘provecho propio’, orillando lo ‘misterioso’.

Sin embargo, para el Intelectual, “*las cosas no le son por sí mismas plenamente, porque no las deja tranquilamente estar ahí, sino que al punto las analiza, las descompone, las mira por dentro, busca su espalda; en suma, las convierte de presuntas cosas en problemas... El Intelectual no puede, aunque quiera, ser egoísta respecto a las cosas. Se hace cuestión de ellas. Y esto es el síntoma máximo del amor... Sabe que las cosas no son plenamente si el hombre no descubre su maravilloso ser que llevan tapado por un velo y una tiniebla...*”

Importante descripción que explicita el verdadero alcance de la inteligencia que se nos ha dado, no para usarla como instrumento de nuestro egoísmo aprovechándonos de las cosas, sino que ‘se hace cuestión de ellas’, que las trata con ‘amor’, que están ahí, por así decirlo, para ‘leerlas’, para ‘descubrir su maravilloso ser’ -los mensajes y potencialidades que encierra-.

Pero a continuación afirma algo importante. No es que el **Intelectual** sigue una trayectoria, y el **Otro** la suya, sino está estrechamente ligados, de tal forma que “*las cosas de que el Otro usa y abusa... fueron inventadas por el Intelectual...*” (193) Es decir, es el intelectual el que realmente se ‘hace cargo de la realidad’ y así puede desentrañar todas sus posibilidades. Por eso, “*..al Intelectual acaba por irritarle el Otro. Le irrita que éste no deje ser a las cosas, no se ocupe de ellas, sino que aprovecha vilmente, despiadadamente, irreligiosamente sus apariencias. Para el Intelectual el Otro es un ateo, el ateo de todo. Es el hombre sin temblor ante lo divino, que es todo...*” (194)

Vuelve a salir la terminología 'religiosa' con que califica a ambos personajes. Esto debe darnos qué pensar. En efecto, el **Intelectual** lo situaba en “*un Tabor donde se producen incesantes transfiguraciones*”, “*lleva la pupila dilatada de asombro*” ante las cosas, “*síntoma máximo del amor*”, mientras el **Otro** “*aprovecha... irreligiosamente sus apariencias*”, es “*un ateo, el ateo de todo... sin temblor ante lo divino*”, siendo un “*egoísta nato*”, cuya postura ante las cosas es “*manipularlas, usarlas, aprovecharlas en su ventaja lo mejor que pueda.*” Curiosamente es la actitud la que condiciona que la misma capacidad -inteligencia- pueda abrirse a la realidad con resultados tan dispares.

Esto abre otro debate. Siempre se ha dado por supuesto que la 'vivencia religiosa' había que ligarla al sentimiento. Sin embargo, aquí parece que su origen está en la capacidad de asombro de nuestra inteligencia, -de 'creencia'-, no de elaborar ideas.

No está mal traer a **Albert Einstein**: “*Difícilmente puede encontrarse un espíritu de investigación científica que carezca de una religiosidad específica propia. Sin embargo, ésta se diferencia de la del hombre ingenuo. Para éste, Dios es un ente en cuya solicitud se tiene esperanza, y temor de su castigo -sublimado sentimiento de la relación padre e hijo-, un ente con el que se establece, en cierta medida, una relación personal.*

*Pero el investigador está impregnado por la causalidad de todos los hechos. El futuro no es ni menos importante ni está menos determinado que el pasado. Para él la moral no es una materia*

divina sino puramente humana. **Su religiosidad** se apoya en el asombro ante la armonía de las leyes que rigen la Naturaleza, en la que se manifiesta una **racionalidad** tal, que en contraposición con ella toda estructura del pensamiento humano se convierte en insignificante destello. Este **sentimiento** es la razón principal de su vida, y puede elevarla por encima de la servidumbre a los deseos egoístas.

No hay duda de que **este sentimiento** está **muy allegado** al que colma lo caracteres creadores y **religiosos** de todos los tiempos.”<sup>5</sup> (La negrita es mía)

Sin pretenderlo, posiblemente, **Einstein** relaciona 'religión'-'racionalidad'-'sentimiento'. ¿No es esta especie de 'síntesis' el contenido de la 'creencia', como la actitud del 'intelectual' de Ortega? En el **Tema VI** veremos que la '*relación personal*' que él ha denominado del '*ingenuo*' será la que dé la clave de esa 'síntesis' que nos pone en juego como totalidad.

Pero volvamos a **Ortega**. No para aquí su descripción, sino que hace un doble pronóstico: la desaparición del **Intelectual** -con *vocación*- y del **Otro** como -*hormiga laboriosa y tozuda que... lleva a los suyos...*, la *opípara semilla que ha tenido la suerte de encontrar*- provoca la aparición del **pseudo Intelectual** -*que no es sino el Otro, con el antifaz de escritor, de hombre de ciencia, de profesor, de filósofo*-. Es decir, el “*Intelectual moderno tuvo... el atroz desliz de crear una cultura de ideas. Es evidente que toda cultura se hace con ideas, pero estas ideas deben ser principalmente ideas de cosas, de sentimientos, de normas, de empresas, de dioses. No tienen por qué ser ideas de ideas.*”

Importante distinción entre '*ideas de cosas*' e '*ideas de ideas*'. En el primer caso, la 'idea' no pasa de la aproximación, el asombro -lo **obvio**-, mientras la 'cosa' sigue pendiente; en el segundo, la 'idea' cobra entidad, e ilusoriamente la manejamos como 'realidad', no siéndolo.

Pero esto lleva consigo que “*el Otro se ha llenado de ideas e, incapaz de manejarlas, de dominarlas, pretende vivir de ideas y tener... sus ideas. Ya he dicho que para el Otro sólo existe lo suyo. Antes... vivía de tradiciones, de creencias... Pero ahora pretende opinar, cosa para la cual no está hecho... El resultado es inevitable. Al entrar en el Otro una idea se convierte automáticamente en lo contrario, en un dogma. Dogma es lo que queda de una idea cuando la ha aplastado un martillo pilón...*” (195) Es decir, esto termina convirtiendo la 'idea' en 'dogma' -¿ideología?- que no pasa de ser pura manipulación -elucubración-. Este es su diagnóstico: “*la cultura de los últimos siglos ha sido crecientemente intelectualista*” (195)

Si ahora relacionamos la distinción entre '*ideas*' y '*creencias*', con estas tres posturas ante la realidad -**Intelectual**, **Otro**, **pseudo Intelectual**-, y el pronóstico de desaparición del primero con la aparición del tercero, tenemos un diagnóstico lúcido de lo que estamos viviendo. Si desaparece el **Intelectual** como *vocación*, siendo sustituido por el **pseudo Intelectual** -el *escritor*, el *hombre de ciencia*, el *profesor*, el *filósofo*-, que usa y manipula, pero no se asombra, no se maravilla, sino defiende y argumenta, no 'cree' -no 'cuenta con'-, desembocamos en una '*cultura intelectualista*', en manos de un '*pseudo Intelectual*', que pretende '*vivir de ideas*', pero '*incapaz de manejarlas*', que sólo '*pretende opinar*'<sup>6</sup>, reducido a '*figura social*', '*como un caparazón evacuado de efectivo contenido personal*'<sup>7</sup>, como los 'césares' que sucedieron al César muerto. Hoy diríamos que se convierten en 'discos duros' incapaces de 'hacerse cargo' e interrogarse ante la realidad, sino manipularla -

<sup>5</sup> **Albert Einstein**, *Mi visión del mundo*, Tusquets editores, pp 24-25

<sup>6</sup> **Coulonvald**, un autodidacta francés, comenta en unos escritos suyos que me envió un franciscano amigo: “*hoy no hay pensamiento, sólo hay opinión*”.

<sup>7</sup> **Ortega y Gasset**, *Ideas y creencias*, pp 183-184



'explicarla'- y sentirse seguros en su 'autosuficiencia'.

Pero quizás nos ayude el mismo **Ortega** en este punto si acudimos a la descripción del '*hombre masa*' en *La rebelión de las masas*: '*La masa en rebeldía ha perdido toda capacidad de religión y de conocimiento. No puede tener dentro más que política, una política exorbitada, frenética, fuera de sí, puesto que pretende suplantar al conocimiento, a la religión, a la sagesse -en fin, a las únicas cosas que por su sustancia son aptas para ocupar el centro de la mente humana-. La política vacía al hombre de soledad e intimidad, y por eso es la predicación del politicismo integral una de las técnicas que se usan para socializarlo*'<sup>8</sup>

La cita parece estar fuera de contexto. Decir que el hombre de hoy '*no puede tener dentro más que política...*' -cuando si de algo 'se pasa' es de la 'política' y el 'compromiso político' brilla por su ausencia-, no tendría sentido. Pero el problema puede ser más grave: pasaremos de la 'política', pero toda responsabilidad -que por definición radica en la persona- recae en los políticos, mientras todos 'opinamos' manejando '*ideas de ideas*', y hemos perdido '*toda capacidad de religión y de conocimiento...*' ¡Nos hemos convertido en el **pseudo Intelectuales!**

Es decir, el alcance antropológico de la **creencia** no parece ser trivial. Sin ella, el ser humano se queda sin realidad -que es con lo que 'se cuenta': lo **obvio**- y se apoya en '*ideas de ideas*'. Es un '*ateo de todo*', '*sin temblor ante lo divino*', se convierte en '*egoísta nato*', incapaz de '*asombrarse*' y de '*amar*'.<sup>9</sup> Y es que la '**creencia**' gira más en torno al 'conocimiento' que a la 'opinión', lo único que al parecer manejamos. Hoy día es cuestión de **ajustarse** a lo 'correcto', que nunca es elaboración propia sino tópicos más ligados a la política -a 'consensos'- que al pensamiento -a la razón-. Si esto es así, hay un dato que conviene no despreciar: la fe religiosa que, como decíamos, se ha ligado al mundo del sentimiento, habría que ligarla al de la '**creencia**', esto es, a la capacidad de '*asombrarse*', de preguntarse, no de dominar o manipular datos y opiniones...

Desde hace algún tiempo me sorprende la facilidad con que nos hemos deshecho de las '*pruebas de la existencia de Dios*' de santo Tomás. Ellas parten de la inteligencia, no del sentimiento, porque es ella la que se interroga y busca -*la causalidad de todos los hechos*, comentaba Einstein-.<sup>10</sup> Y es que dichas pruebas no dan argumentos ni explicaciones, sino plantean interrogantes y preguntas al '**Intelectual**' que desde el asombro contempla aquello '*con lo que cuenta*'. Otra cosa será la '*experiencia de Dios*', que ahí entra toda la persona y de una manera destacada el sentimiento.

Hay, pues, que concluir: ¡Todos somos 'creyentes'!, o bien porque realmente creemos desde el 'asombro' o porque 'creemos en la ciencia' -'contamos con ella'-, ciencia que no hemos 'investigado' nosotros... Pero una inteligencia que se ha convertido en 'disco duro' ¿no ha renunciado a su función específica: el asombro, el interrogarse? ¿No se ha convertido en **pseudo Intelectual**?

Al perder la dimensión de 'asombro', nuestra inteligencia exige '*explicaciones*' de todo, no soportamos lo **obvio** que exige respuestas. Nos movemos en el mundo de '*ideas de ideas*', de '*razones*', pero no nos atrevemos a interrogarnos y menos a que nada nos interpele -**desde la razón, en singular!**... Esto tiene una consecuencia grave: nos exponemos a quedarnos sin realidad y vivir

<sup>8</sup> **Ortega y Gasset**, *La rebelión de las masas*, pp 60-61

<sup>9</sup> *Ideas y creencias*, p 193

<sup>10</sup> **Einstein** aludía a la '*religiosidad... del hombre ingenuo*' en contraposición a la del '*investigador*', pero las dos eran denominadas '*religiosidad*'. Habría que decir que hoy día el **pseudo Intelectual** se ha quedado sin religiosidad y éste sí que es 'ingenuo'. Que hoy nos quedemos tan satisfechos con el 'big-bang' como explicación de toda esta exuberancia de vida que es nuestro planeta, supone tener una notable dosis de 'ingenuidad'. Ya abordaremos en el **Tema VI** hasta qué punto el creyente religioso, al convertir a Dios en '*un ente con el que se establece, en cierta medida, una relación persona*', no es tan 'ingenuo'.

sólo de ideas, darle la espalda a lo **obvio**. Volveremos sobre ello.

Más aún, habría que decir que cuando san Pablo intenta glosar la cita de Habacuc: “*El justo vivirá por la fe*”, lo concreta tres versículos después: “*Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la **inteligencia** a través de sus obras...*” (Rom 1,17.20), ‘fundamenta’ la fe en la capacidad de nuestra inteligencia de asombrarse y preguntarse *-de ‘creer’, no sólo de elucubrar-*.

Sólo una observación antes de pasar a la segunda parte. Siempre me han sorprendido las frases que surgen en el lenguaje y todos seguimos usando. Si algo permanece, es que expresa algo indiscutible. Pues bien, todos entendemos -¡y no nos gusta!- que nos digan: “Tú eres un creído”. Lo curioso es que nos sienta mal y a lo mejor ni nos hemos preguntado por qué. Pues sencillamente, porque ser un ‘creído’ quiere decir que todos tienen que ‘creerme’, pero yo no estoy dispuesto a ‘creer’ a nadie ni en nada.

### **Vivencia de la fe cristiana: Kierkegaard.**

Suelo repetir que una de las cosas que más siento es haber descubierto tan tarde a **Kierkegaard**. En efecto su condición de pensador y creyente lo han convertido en un referente importante para mí. Así como exigimos que el que ‘opina’ sobre algo conozca el tema, en religión todos se sienten con derecho a opinar -¡aunque sean ateos!-, dando por supuesto que se trata de algo ‘superado’, algo ‘residual’ que, dada su trivialidad, toda persona puede dar su parecer. Sin embargo, para el verdadero creyente, su fe no es un ‘accidente’, sino algo que pone en juego su totalidad personal potenciándola.

Pues bien, este hombre, en plena efervescencia de la **Ilustración**, no accede al pensamiento al margen de la fe. En este sentido me ha aportado dimensiones que sólo un creyente podía hacer. Si ya **Ortega** intuía que todo ser humano es ‘creyente’, pero puede ir por la vida de **pseudo Intelectual**, **Kierkegaard** nos va a especificar en qué consiste la fe para el cristiano, y no, *precisamente*, desconectada del ‘pensamiento’.

Por lo pronto, al abordar lo que él llama la ‘pura idealidad’ de la filosofía de su época, su gran acusación es que en ella ‘*no se habla para nada del hombre real e individual*’ –siempre que él habla de individual habría que leer ‘personal’- y ‘*no hay ninguna dificultad emparejada con el tránsito del entender al cumplir*’. Y concreta: ‘*¿Qué otra cosa significan el cogito ergo sum, o la identidad del pensar y del ser? En cambio en el lenguaje cristiano se dice: ‘Hágase conforme a tu fe’ (Mt 9,29), o dicho de otra manera, según crees, así eres tú; en una palabra: creer es ser’.*

¡Importante aportación! Moverse en la ‘pura idealidad’ ¿no sería lo mismo manejar ‘ideas de ideas’? Y esto, para **Ortega**, equivalía a salirse de la ‘creencia’, a quedarnos sin ‘realidad’ que es aquello con lo que ‘contamos’. Es salirnos de la ‘razón’ –referente irrenunciable- para movernos en el mundo de las ‘razones’. Es renunciar a la vocación de **Intelectual** –con capacidad de asombro-, para rellenar su ‘hueco’ como **pseudo Intelectual**: ser ‘ateo de todo’, ‘sin temblor ante lo divino’, incapaz de ‘asombrarse’ ante lo **obvio**. Pero sigamos con **Kierkegaard**.

Y, en vez de teorizar, describe el ‘tránsito del entender al cumplir’: ‘*En la vida del espíritu no se da ningún reposo -en realidad tampoco se da ningún estado, sino que todo es actualidad -*. Importante afirmación. Sin embargo, la filosofía, como nos descuidemos, todo lo convierte en ‘estado’, pero la realidad es ‘actualidad’. ‘*Por lo tanto, si un hombre no pone en práctica lo justo inmediatamente que lo ha reconocido, entonces, sin lugar a dudas, lo primero que empieza a paralizarse es el conocimiento.*’

Aquí estaría la clave de lo que llamamos 'coherencia'. Habría coherencia cuando no hay dilación. Dejar pasar el tiempo –que nos resulta tan intrascendente- sería posibilitar las 'justificaciones'. La 'coherencia' nos pone en contacto con lo **obvio** –*actualidad*, que no se puede discutir, sino hay que contar con ella: 'creencia'-, las 'justificaciones' hay que argumentarlas y defenderlas –porque son 'ideas de ideas'.

Pero sigamos: *'Y en seguida se plantea la cuestión de qué es lo que la voluntad estima acerca de lo conocido. La voluntad es un agente dialéctico y un agente además que tiene las riendas de toda la naturaleza inferior del hombre. Si la voluntad no encuentra en definitiva estimable el producto del conocimiento, ello no significa, como cabría esperar, que se ponga en seguida a hacer lo contrario de lo que la inteligencia había captado. Tales contradicciones entre ambas facultades suelen ser muy raras en la práctica'*.

En efecto, la voluntad no puede ir en contra del conocimiento. Pero cuando no actúa inmediatamente -coherencia-, veamos lo que ocurre: *Por eso, lo que la voluntad suele hacer en ese caso es dejar que pase algún tiempo, una especie de tiempo de tregua, con lo que se queda tranquila y como diciendo: ¡mañana veremos! Entretanto el conocimiento se va oscureciendo todavía más y la naturaleza inferior, por su parte, va acreciendo su victoria.* Es decir, según esto, la 'coherencia' no necesita 'tiempo' sino **actuación**, por eso, *'...es preciso que el bien se haga inmediatamente que es conocido, sin perder ni siquiera un segundo'*. **Sólo entonces podemos decir que tenemos el valor de responder a lo obvio.**

Y es que no todo lo que llamamos 'coherencia' lo es, porque carece de esta espontaneidad inmediata. Es el caso de aquella gran mujer: **la Rubia**. Había tenido veintiún hijos y le vivían quince. Al morir una amiga suya, que tenía catorce, se llevó dos a su casa diciendo que ella los criaba. Cuando me encontré con ella, le pregunté: *"Rubia, me han dicho que te has llevado a tu casa dos niños de la Rosa"*. Contestación de la Rubia: *"¿Y qué quieres que haga, Adolfo?"* Como si dijera: '¿Qué quieres que haga? ¿Qué mire para otro lado? Si han estado en mi casa tanto como en la suya...' Ni se había enterado, pero había hecho lo **obvio**, había respondido a lo que tenía delante. Pero la cosa no termina aquí. Esto era por los años 70 y los Servicios Sociales ya empezaban a hacerse cargo de estas situaciones extremas. Los catorce niños fueron a una Institución, y la Rubia no retuvo a los que se había llevado. Nosotros hubiésemos dicho: "No. Éstos me comprometí a criarlos y no se van..." En ese caso lo que queremos es 'salir en la foto'. A veces llamamos 'coherencia' lo que no pasa de 'exhibición', acto 'heroico'. **Kierkegaard** habla de conexión inmediata de conocimiento-voluntad: la respuesta de **la Rubia**. No dar la espalda a lo **obvio**, **fabricándome un mundo de 'ideas de ideas'**.

Pero **lo obvio es** la realidad, no la especulación: *'Por eso mismo resulta tan fácil para la especulación pura el tránsito del pensar al ser, pues allí todo acontece inmediatamente. ¡Lástima que sólo sea en las nubes!'* Y aquí **Kierkegaard** aporta una observación que encontramos también en **san Ignacio de Loyola**.<sup>11</sup> La 'dilación' no es tiempo muerto: *'...las fuerzas inferiores del hombre aumentan su poderío en las dilaciones. Y así, la voluntad se va haciendo poco a poco a las dilaciones y no tardamos mucho en encontrarla casi con las manos en la masa.'*

Esto lleva consigo la pérdida de protagonismo del conocimiento -**razón, inteligencia**-, único

<sup>11</sup> Para **san Ignacio** la vivencia del tiempo es decisiva: en la Regla 12 de discernimiento de **1ª Semana**, si la persona que es tentada no reacciona al instante, sino que *'comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir sus tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra...'* (EE 325), y en la Regla 4ª de discernimiento de **2ª Semana**, el 'ángel malo' actúa también en una 'dilación': *'y después, poco a poco, procura de salirse, trayendo a la ánima a sus engaños encubiertos y perversas intenciones,'* (EE 332)

referente irrenunciable: *Y cuando el conocimiento correspondiente se ha ido oscureciendo al mismo ritmo lento y apaciguador, entonces, ¿qué duda cabe?, ya podrán entenderse mutuamente y mejor el entendimiento y la voluntad... hasta que al final se pongan de perfecto acuerdo y aquél se haya pasado del todo al lado de la voluntad, ya que entiende que es perfectamente congruo lo que ella quiere*'. Sólo entonces es posible la 'justificación'.<sup>12</sup>

Y termina esta cita con un comentario oportuno, para no quedarnos en las 'nubes': *'Es muy probable que una inmensa mayoría de los hombres vivan de esa manera tan mediocre y que así se pasen toda la vida trabajando en el oscurecimiento de sus conocimientos éticos y ético-religiosos, que con sus decisiones y consecuencias los llevarían a comportarse de un modo que no agrada a la naturaleza inferior del hombre. Para compensarse de este entuerto se dedican con mucho ahínco a desarrollar todos sus conocimientos estéticos y metafísicos, los cuales éticamente no son más que una distracción.'*<sup>13</sup> Ya nos decía **Ortega** que las *ideas* han de ser 'de cosas', no 'de ideas'.

Y aquí conviene matizar. Ya vimos que la razón -¡en singular!- era el referente obligado que nadie discutía: si alguien 'Perdía la razón', no era interlocutor válido. Sin embargo, el endiosamiento de la Razón ha dado origen a 'racionalismos' que todos hemos criticado y lamentado. ¿Qué ocurre aquí?

El problema es real y nunca lo resolveremos simplificando. La razón, en cuanto inteligencia -capacidad de hacernos cargo de la realidad- contamos con ella. **Ortega** confesaba que la 'creencia en la razón' ha permanecido por encima de sus explicaciones. Aquí, **Kierkegaard** avisa del riesgo de que el 'conocimiento' 'empieza a paralizarse' porque se va 'oscureciendo', dando lugar a que la voluntad, que debe ser respuesta 'inmediata' al 'conocimiento' -coherencia- no lo sea, y en esa dilación su verdadero protagonismo que era ser 'un agente... que tiene las riendas de toda la naturaleza inferior del hombre', desaparezca, cobrándolo 'las fuerzas inferiores del hombre [que] aumentan su poderío en las dilaciones', terminando el 'conocimiento' conformándose con una voluntad que se ha pervertido en la dilación -al desconectarse de lo obvio (conexión inmediata de la inteligencia con la realidad- dando lugar a las 'ideas de ideas', las justificaciones.

Para aclarar este enredo, acudamos al mismo **Kierkegaard** y a **san Ignacio de Loyola**. En efecto, el primero, en su *Diario íntimo*, al final de un comentario a la parábola del Hijo pródigo, hace la siguiente reflexión a propósito de la idea que se tiene de la razón humana: *'...es torpe y presuntuosa, especialmente en nuestros tiempos; no se concibe jamás a un pensador, a un hombre razonable, sino a la razón pura y a otras cosas por el estilo que en realidad no existen; porque a mi entender, nadie (sea profesor o lo que se antoje) puede considerarse la Razón absoluta. La Razón absoluta es un producto de la fantasía...'*<sup>14</sup> En efecto, la 'Razón absoluta' es pura 'fantasía', lo real es el hombre 'razonable'. Dicho de otra forma, **el que usa su inteligencia**, el que no ha 'perdido la razón'. En la cita que hemos traído de la *Enfermedad mortal*, ocurría lo mismo: el conocimiento que no se pone en práctica inmediatamente -responder a lo obvio-, deja de ser conocimiento. Cuando hay 'dilación' 'empieza a paralizarse', 'oscurecerse': que no es otra cosa que buscar 'justificaciones'. Porque **¡la verdad no necesita justificación, es ella misma!**

Más aún en la misma obra añade: *'...El en-si-y-para-sí -la persona- y la razón se relacionan entre sí en sentido inverso: donde está el uno no tiene cabida la otra. Cuando la razón ha penetrado por completo a todo y a todos, entonces el en-si-y-para-sí ha desaparecido por completo.'* Y prosigue:

<sup>12</sup> No olvidemos que todo ha estado justificado en la historia. Aquí siempre me gusta remitir a **Jeremías 18,18**. Están tramando contra él y comentan: "Vamos a tramar algo contra Jeremías, porque no va a faltar la ley del sacerdote, el consejo del sabio ni el oráculo del profeta".

<sup>13</sup> **Sören Kierkegaard**, *La enfermedad mortal*, de SARPE, S.A., 1984, pp 140-141

<sup>14</sup> **Sören Kierkegaard**, *Diario íntimo*, Editorial Planeta, p 306



'...Razón por todas partes. En lugar de enamoramiento incondicional, matrimonio de razón.... **En lugar de fe, saber por la razón.** En lugar de la confianza, garantías. En lugar de acción, simples acontecimientos. En lugar del individuo, una camarilla. En lugar de personalidad, una objetividad impersonal...' <sup>15</sup>, concluyendo, '...el NT representa justamente al en-sí-y-para-sí...' Es la diferencia entre 'hombre razonable' y 'pura razón' a la que antes aludía.

Y para acabar trae una acusación, que seguimos oyendo: '¡La humanidad ha crecido demasiado para adaptarse al cristianismo!', para concluir: 'Para mí es todo lo contrario: la humanidad ha retrocedido. (¿Acaso no es el matrimonio de razón una regresión -...- en comparación con el enamoramiento?) Hombres tallados por el cristianismo ya no viven...'. Por eso, concluye, después de aludir a **Goethe**: 'Los pecados de la inteligencia son más de temer, que los demás pecados'. <sup>16</sup> Es decir, son pecados de la inteligencia, no de la persona que usa su inteligencia. <sup>17</sup>

Lo mismo ocurre en **san Ignacio**. En una carta a Teresa Rejadell comenta: "Quien poco determina, poco entiende y menos ayuda", es decir, 'quien poco determina' -el puro concepto desconectado de la realidad-, *poco entiende* -no puede hacerse cargo de ella- y *menos ayuda* -no sirve para nada-. Más aún, para evaluar los 'cómodos o provechos' de 'la cosa sobre que quiero hacer elección', recuerda que sea 'dónde más la **razón** se inclina', 'según la mayor moción **racional**, y no moción alguna sensual' (EE 182), es decir, el que decide ha de ser '**razonable**'. La razón único referente para responder a la realidad, no que las 'ideas' -elaboradas por la razón, las '**justificaciones**' -cobren autonomía y decidan -ideologías-. Por eso, en el **discernimiento** -tanto de 1ª como de 2ª **Semana**-, avisa seriamente de la existencia de 'falsas razones' (EE 315) y 'razones aparentes' (EE 329), lo cual es una confirmación de que la **razón** -en singular' y 'su uso', no como 'razones'- es un referente permanente hasta tal punto que, para 'engañar' recurrimos a ella... Pero entonces o son 'falsas' o 'aparentes', y eso lo percibimos cuando 'inquietan' (EE 315), o si 'el discurso de los pensamientos que trae, acaba en alguna cosa mala o distractiva o menos buena que la que el ánimo antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta...' (EE 333) Es decir, es el ánimo -la persona que usa la **razón**- la que decide, no las '**razones**' o el '*discurso de los pensamientos*' -¡en plural!-. <sup>18</sup>

Volviendo a la fe -en nuestro caso la cristiana- puede ayudarnos de nuevo **Kierkegaard**. Para él, el '*cristianismo no es una doctrina sino una comunicación de existencia*', lo cual quiere decir que '*no es indiferente la persona que lo expone (como en otras doctrinas), como si bastase exponerlo con exactitud objetiva. No: Cristo no ha instituido docentes sino imitadores. Si el cristianismo (precisamente porque no es una doctrina) no se reproduce en quien lo expone, éste no expone al cristianismo; pues el cristianismo es una comunicación de existencia y sólo puede ser expuesto con*

<sup>15</sup> No está mal su alusión a la 'prensa' en el mismo **Diario íntimo**: '...Ya uno no encuentra hombres, ni pensadores, ni amantes, etc. Por culpa de la prensa la humanidad se ve envuelta en una atmósfera de pensamientos, de sentimientos y de impresiones; y también de resoluciones y propósitos que no pueden ser atribuidos a nadie, que pertenecen a todos y al mismo tiempo no son de nadie.' p 247

<sup>16</sup> **Ibidem**, pp 345-346

<sup>17</sup> Sería el pecado del 'habriaqueismo' al que alude el papa **Francisco**: '...nos entretenemos vanidosos hablando sobre «lo que habría que hacer» -el pecado del «habriaqueísmo»- como maestros espirituales y sabios pastores que señalan desde afuera. Cultivamos nuestra imaginación sin límites y perdemos contacto con la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel' (EG 96), que el mismo **Kierkegaard** en la obra que nos ocupa formula así: 'Es muy fácil sucumbir a la tentación de dedicarse a reformar y a despertar al mundo entero, en lugar de reformarse a sí mismo; una aberración de los entusiastas y exuberantes de fantasía.' (p 281)

<sup>18</sup> En la primera contemplación de la **Cuarta Semana**, la aparición 'a nuestra Señora', comenta en los '*Misterios de la vida de Cristo*': 'Lo cual aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros. Porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: "¿También vosotros estáis sin entendimiento?"' (EE 299). Es decir, el **entendimiento** está para 'preguntarse', 'hacerse cargo de la realidad', para 'ver signos', diría san Juan, no para registrar datos 'sin más', sin 'asombro'.



*el existir...*<sup>19</sup> (Los subrayados son míos).

Es lo más opuesto a la teorización. Por eso en su obra más célebre –**El concepto de la angustia**– nos dice: “*La demostración de la existencia de Dios es algo que le tiene a uno ocupado, tanto metafísica como eruditamente, sólo en algunas ocasiones; en cambio, la idea de Dios trata de imponerse en todas las ocasiones.*” Es el asombro, el interrogante que nos plantea una realidad que nos desborda. Por eso prosigue: *¿Qué es, pues, lo que le falta a semejante individualidad? – persona-. Le falta interioridad.*<sup>20</sup> Y más adelante describe lo que él entiende por ‘interioridad’. Según él, hay **interioridad** cuando hay ‘*certeza que lleva a la acción en libertad*’ -lo más opuesto a la abstracción *cuyo único origen es la reflexión, no la existencia, la realidad-*. Pero lo dice de otro modo: es un ‘*entender en concreto que se traduce en conciencia del propio yo en devenir*’. No es, pues, algo **mecánico**. Por eso no hay interioridad en la ‘*incredulidad-superstición*’, ni en la ‘*hipocresía-escándalo*’ ni en la ‘*cobardía-orgullo*’, parejas que se intercambian.

Pero, ¿qué son la ‘certeza’ y la ‘interioridad’? Él responde que ‘*son seriedad*’. Y añade: ‘*Ésta es una palabra que la entiende cualquiera. Pero, por otra parte, no deja de ser una cosa bastante curiosa que ésa sea precisamente una de las palabras en que menos se medita...*’ ‘*La seriedad significa en este sentido la misma personalidad, y sólo una personalidad seria es una personalidad real, y sólo ella puede hacer algo con seriedad, puesto que para hacer algo con seriedad es necesario, sobre todo, que se sepa cuál es el objeto de la seriedad.*’<sup>21</sup> Sería lo que nos pone en juego como totalidad: en existencia, en vida, en compromiso. *Sólo entonces hay certeza e interioridad: la persona se pone en juego en cuanto tal, se ‘compromete’.*

Si buscamos fundamentos antropológicos de la fe, aquí tenemos otro. Cuando interpelamos a alguien -“*¿Lo dices en serio?*”-, sabe a qué lo remitimos, aunque no pueda describirlo **ni explicarlo**. Todos sabemos que cuando hablamos ‘en serio’ nos responsabilizamos de lo que decimos, lo hacemos nuestro. Nuestra repuesta se mueve en la certeza y nos pone en juego como totalidad. Es una actitud muy concreta –real: se cuenta con ella-, y el interpelado sabe de qué va hasta el punto de rechazar la interpelación: “*¡Déjame! A mí no me lées*”...

Es, pues, algo con lo que se cuenta, real, por tanto, más objeto de ‘creencia’ que de elucubración. En ese sentido, nos desborda, pero creemos en él –contamos con él-. Habría que decir que la ‘seriedad’ es otro fundamento ‘antropológico’ de la fe: ¡Sólo se tiene fe ‘**en serio**’!. Por eso el concepto de Dios se lo plantea la metafísica y el erudito, pero en sí mismo está siempre presente como reto de una realidad que nos desborda. Como para **Ortega** la ‘creencia’ nunca es ‘*ideas de ideas*’, sino aquello ‘*con lo que contamos*’, en lo que nos apoyamos, pero que no podemos explicar.

Según todo lo dicho, ¿cuándo hay fe? Cuando ponemos en juego la vida, cuando nuestra totalidad personal se responsabiliza. Pero ¿cuándo nos responsabilizamos? Y aquí tengo que acudir, una vez más, a este gran creyente. En su **Diario íntimo**, comenta: ‘*Tan sólo una cosa ha de ponernos serios: el propio pecado. Para lo demás vale el principio de que, si puedes tomártelo a la ligera, tanto mejor. Pero tomarse a la ligera el propio pecado equivale a pecar de nuevo; lo cual demuestra que en eso consiste la seriedad.*’<sup>22</sup> Importante aportación. La seriedad es algo **inherente** a la persona en cuanto tal.

<sup>19</sup> **Ibidem.** p 225

<sup>20</sup> **S. Kierkegaard**, *El concepto de la angustia*, Alianza editorial, p 274

<sup>21</sup> **S. Kierkegaard**, *El concepto de la angustia*, Alianza editorial, passim 283-289

<sup>22</sup> **Sören Kierkegaard**, *Diario íntimo*, Editorial Planeta, p 268

Pero volvamos a su obra más célebre, donde confesaba la imposibilidad de definir la 'seriedad', de igual modo que el '*hombre que ama de veras no le proporcionará apenas ningún placer ni satisfacción, y mucho menos ningún provecho, el andar ocupado con la definición de la esencia del amor*'<sup>23</sup>, pero si hay algo en dicho amor es seriedad.

En efecto, todos entendemos que la **seriedad** es una 'actitud', 'postura' -él la relaciona con el 'talante'-, en la que nos ponemos en juego como totalidad, en que actuamos responsablemente -¿qué nos instala en la **razón**?-. El lenguaje crea términos que no los agota ninguna definición, pero que todos sabemos -más bien, intuimos- su alcance.<sup>24</sup>

Más aún, él habla de '*lo eterno de la seriedad... razón de que la seriedad nunca pueda convertirse en hábito*'. Y alude a la predicación de un párroco el domingo: '*Solamente la seriedad es capaz de repetir lo mismo cada domingo de una manera regular y con la misma originalidad.*' más aún, '*la seriedad significa en este sentido la misma personalidad, y sólo una personalidad seria es una personalidad real, y sólo ella puede hacer algo con seriedad...*' ya que '*para hacer algo con seriedad es necesario, sobre todo, que se sepa cuál es el objeto de la seriedad*' -en qué me apoyo, con qué cuento-. Por eso '*nadie nace teniendo ya seriedad*' -nadie nace con 'uso de razón' se ha dicho siempre-, y '*la seriedad misma no tolera ninguna broma*'.<sup>25</sup> Esto no necesita explicación, sino constatación personal. **VOY POR AQUÍ**

Una vez más nos encontramos con un término que todos usamos y, lo más interesante, todos entendemos. El decir algo 'en serio' compromete, la persona se pone en juego en cuanto tal. ¿No estaría esto, que 'no podemos definir' y que todos sabemos a qué remite, relacionado con la '**creencia**' de **Ortega**? ¿No tiene esto que ver con la pérdida de '*toda capacidad de religión y de conocimiento*' que él mismo detectaba en el '*hombre masa*' y que, según él, son '*las únicas cosas que por su sustancia son aptas para ocupar el centro de la mente humana*'? ¿Soporta el hombre de hoy la 'seriedad'? ¿La soporto yo? Y si no la soporto ¿se puede contar conmigo?, ¿se pueden fiar de mí?...

Resumiendo para no perdernos:

- Peligro de pasar del pensar al ser. Más bien habría que decir que '**creer es ser**';
- '*... es preciso que el bien se haga inmediatamente que es conocido, sin perder ni siquiera un segundo*' -**coherencia**-, de lo contrario surgen las justificaciones;
- una cosa es ser **persona razonable** -que usa su inteligencia- y otra racionalizar;
- el '*cristianismo no es una doctrina sino una comunicación de existencia... Cristo no ha instituido docentes sino imitadores*';
- sólo desde la '**seriedad**' y el '**mirar**' actuamos como personas -nos 'hacemos cargo', nos responsabilizamos-;

<sup>23</sup> **Ibidem**, p 285

<sup>24</sup> Lo mismo ocurre con la '**mirada**'. Abordando el **Instante**, tan importante en su filosofía, comenta: '*nada hay tan rápido como la mirada y, sin embargo, es conmensurable con el contenido de lo eterno... Por eso una mirada es algo que sirve para designar el tiempo; pero, entiéndase bien, en cuanto el tiempo se halla en ese conflicto fatal que provoca el entrar en contacto con la eternidad*', y alude en una nota al '*en un abrir y cerrar de ojos*' de I Cor 15,52. En efecto, cuando recriminamos a uno: '*¿Pero tú lo has mirado bien?*' o simplemente: '*¡Mira!*', todos sabemos que nos abre a algo que abarca más que lo que llamamos presente -un pasar que se escapa-, sino engloba la temporalidad en cuanto 'eternidad'. Más aún, va a ligarla al 'espíritu'. En este sentido me dio luz la definición que encontré en el diccionario de **Covarrubias**: '*Este mirar se haze con los ojos, poniéndolos en el objeto o cosa que he de mirar...*' Habría que decir, que sólo 'mirando', 'nos hacemos cargo' responsablemente, 'en serio' y nos abrimos a lo eterno.

<sup>25</sup> **Ibidem**, pp 288-289

Esto supuesto, ¿qué es entonces la fe para el cristiano? Algo que nos pone en juego como totalidad despierta y nos convierte en ‘imitadores’, no ‘docentes’. **Kierkegaard** afirma que el sacerdote que tiene que ‘demostrar’ su fe no tiene fe, para concluir que ha de ser un ‘enamorado’.

En efecto, *'un creyente es ciertamente un enamorado'*, pero un enamorado no tiene por qué 'demostrar' su enamoramiento. Sin embargo, *'a no pocos sacerdotes les parece oportuno demostrar por tres razones que rezar, por ejemplo, es cosa muy provechosa...'* Ahora bien *'las razones no tienen más remedio que moverse dentro del campo inteligible'* y la fe -enamoramiento-, *sobrepasa todo entendimiento...* Por tanto concluye: *'Este es cabalmente el modo de hablar acerca del cristianismo de que hacen gala los creyentes sacerdotes, intentando “defenderlo”, o transponiéndolo en “argumentos”, cuando no hacen otras chapuzas como la de apresarlos en “conceptos”. Y lo curioso es que a esto se le llama predicar y que todo el mundo dentro de la cristiandad se hace lenguas considerando todas esas maravillas de predicadores y auditorios por el estilo. Y ésta es cabalmente la razón... de que la cristiandad esté tan lejos de ser lo que se llama.'*<sup>26</sup>

## Concluyendo

Retomando la pregunta que nos hacíamos al comienzo –*La fe ¿tiene cabida en nuestra cultura?*–, podemos ahora vislumbrar su alcance. Al parecer tiene cabida en cualquier cultura que no anule dimensiones antropológicas disponibles, que, como todo en el ser humano, pueden ser aparcadas, anuladas o negadas. El ser humano no se puede programar, pero siempre será un conjunto de posibilidades que cada persona ha de descubrir y actualizar. Estas posibilidades en cuanto capacidades disponibles es lo que hemos querido resaltar con la ayuda de **Ortega y Gasset** y **Kierkegaard**; el primero desde la vertiente antropológica, el segundo desde la vivencia religiosa. Pero recojamos sus aportaciones para dar nombre a aquello que da cabida a la fe en cualquier cultura.

La gran aportación de **Ortega** ha sido su distinción entre ‘ideas’ y ‘creencias’. Las primeras las elaboramos y defendemos, las segundas contamos con ellas –nosotros las relacionábamos con lo **obvio**–. Pero esta primera aportación la enriquece con tres maneras de situarnos ante la realidad. Por lo pronto él aporta dos: **Intelectual** y **Otro**. El primero se asombra ante una realidad que le interpela y le interroga; el segundo, se aprovecha de dicha realidad sin más. Pero detecta la aparición de una tercera: el **pseudo Intelectual** que ocupa el ‘hueco’ del Intelectual, pero al que denomina *'ateo de todo'*, *'sin temblor ante 'lo divino'*, un *'egoísta nato'*, incapaz de *'asombrarse'* y de *'amar'*, terminología que tiene más que ver con la ‘creencia’ que con las ‘ideas’. Más aún, en la cita que aportamos de **Einstein** él hablaba de la ‘religiosidad del investigador’.

Es decir, hay una dimensión en el ser humano que le capacita para ‘hacerse cargo’ de lo **obvio**, a no darle la espalda, a respetarlo y no convertirlo en una idea manipulable. Cuando perdemos esta dimensión –que también la perdía el ‘hombre masa’– desaparece el sustrato de la fe, no porque no exista sino porque no nos atrevemos a remitirnos a la **razón** y preferimos vivir de ‘razones’ que ni siquiera son nuestras, pero ‘explican’ y dan ‘seguridad’ -*aunque más que seguridad es autosuficiencia*–. Explicaciones que van cambiando, pero que consumimos compulsivamente, sin que nuestra capacidad de ‘hacernos cargo de la realidad’ se atreva a preguntarse ‘asombrado’: ‘*Qué me parece*’ y ‘*Si quiero*’, las dos grandes preguntas que sintetizan el **anuncio** del **Evangelio**.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> **S. Kierkegaard**, *La enfermedad mortal*, pp 152-154

<sup>27</sup> En efecto, cada vez me sorprenden más estas dos preguntas que lo único que pretenden es que usemos nuestra **inteligencia** y nuestra **voluntad** –¡porque somos **libres!**– ante la **realidad** –ante lo **obvio**–. En una palabra, que seamos ‘serios’ y vayamos por la vida ‘mirando’...

**Kierkegaard**, por su parte, no nos ha aportado nada nuevo, sino que ha profundizado desde la vertiente creyente lo que **Ortega**, y **Einstein**, intuyeron desde la de antropológica. En efecto, su denuncia a la ‘*pura idealidad*’ –que él detecta ya en el ‘*cogito ergo sum*’ de **Descartes**–, ¿no es la trampa del **pseudo Intelectual** que vive de ideas que no son suyas, para contraponerla a ‘*creer es ser*’, que sería la del **Intelectual** que se asombra y ‘*cree*’ –que es capaz de ‘*hacerse cargo*’ de lo **obvio**? Es la contraposición entre ‘*creer*’ y elucubrar, argumentar, donde nos ‘*prostituímos*’ con toda clase ‘*justificaciones*’. Por eso subraya la importancia del tiempo: la dilación no es inocua, consigue que lo obvio deje de serlo y miremos para otro lado.

Pero **Kierkegaard** matiza la ‘*creencia en la razón*’ de **Ortega** para no caer en la trampa de la ‘*Razón absoluta*’, que no pasa de ser mera ‘*fantasía*’. Es real la **persona** que usa la razón, que piensa, no sus racionalizaciones<sup>28</sup>. Por eso el cristianismo no es una doctrina, ni una enseñanza, sino ‘*existencia*’-vida- que se traduce en ‘*imitadores*’ y ‘*enamorados*’. Pero no todas nuestras actitudes nos ponen en juego como totalidad –*persona responsable*–, y él nos descubre que lo hacemos cuando adoptamos lo que llamamos ‘*seriedad*’ y cuando nos atrevemos a ‘*mirar*’. Por eso preguntamos al otro ‘*si lo dice en serio*’ y le insistimos ‘*que mire*’. Si una persona no está dispuesta a asumir estos dos requerimientos que no sabremos definir, pero que todos entendemos, no **habría** posibilidad de fe.

Quizás la mejor síntesis de todo lo planteado en esta introducción la encontremos en la **Exhortación *Evangelii gaudium*** del papa **Francisco**, cuando citando a **Benedicto XVI**, afirma: «*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*». (EG 7) Es un ‘*horizonte*’ y una ‘*orientación*’ lo que hay que dar a la vida, y esto sólo lo da un ‘*encuentro personal*’ que nos pone en juego como totalidad. Ese ‘*encuentro*’ genera ‘*imitadores*’, no ‘*docentes*’.

Esta afirmación la hace al comienzo, hacia el final, encabezando el epígrafe: “*La realidad es más importante que la idea*”, escribe: “*Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen, del sofisma. De ahí que haya que postular un tercer principio: la realidad es superior a la idea. Esto supone evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría*” (EG 231). (**Volverá a salirnos la cita**)

Habría que decir que cualquier forma de ‘*ocultar la realidad*’, imposibilita la fe, dejamos de ‘*creer*’, de asombrarnos, nos convertimos en **pseudo Intelectuales** que prefieren explicaciones y argumentos a la interpelación de lo **obvio** con lo que ‘*hay que contar*’, siendo el **Intelectual** –**Ortega**– y el **enamorado** –**Kierkegaard**– los únicos que renuncian a explicaciones y prefieren la ‘*religiosidad*’ que estimula la **inteligencia**: “*el investigador está impregnado por la causalidad de todos los hechos*” –**Einstein**–.

Y en el número siguiente de la **Exhortación** se pregunta el papa: “*...Hay políticos –e incluso dirigentes religiosos– que se preguntan por qué el pueblo no los comprende y no los sigue, si sus*

<sup>28</sup> “*...La idea desconectada de la realidad origina idealismos y nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento...* (EG 232)

*propuestas son tan lógicas y claras. Posiblemente sea porque se instalaron en el reino de la pura idea y redujeron la política o la fe a la retórica...*” (EG 232), -a ‘ideas de ideas’-.